



Semanario local independiente

ARTES * CIENCIA * LITERATURA * SOCIEDAD * CUESTIONES POLÍTICAS Y
AGRARIAS * DEPORTES * INICIATIVAS * CONCURSOS * PASATIEMPOS, ETC.

Fundador y Director-Gerente: FERNANDO MARTÍNEZ-SEGURA Y CHECA

Año II

Baeza, 19 de Noviembre de 1925

Núm. 64

De educación física

Este número de "Ayer y Hoy" ha
sido revisado por la autoridad
competente

Parece que empiezan a interesar un poco entre nosotros las cuestiones de educación física. Bien venido sea este interés si lo acompaña un criterio biológico y no el imperativo de la moda. Para que así sea, lo primero que se precisa hacer es desglosar completamente la educación física, del cultivo de los deportes. Estos son un ejercicio de aplicación; aquéllos serán siempre, por todo y para todo, una práctica de formación. Será buen deportista el que más educación física haya recibido. Será ésta pésima, si se quiere reducir sólo a la violencia de los deportes.

Cuando veo un grupo de niños sofocados jugando un partido de fútbol, pienso en la labor útil que para el cultivo del bacilo de la tuberculosis están realizando.

Cuando contemplo a los chicos trepando por la montaña, jugando a pleno aire, veo en ellos a los hombres sanos, fornidos y bien equilibrados del mañana. La educación física del niño quiere complicarse demasiado por aquellos que no la entienden, porque desconocen la pauta fisiológica que tiene que regirla. Educar físicamente a un niño es estimular sus funciones para conseguir un máximo de actividad. El ejercicio exagerado o aquel poco a propósito, lejos de educar destruye, y en lugar de fortalecer agota.

No hay cosa más sencilla que la educación física del muchacho: todo estriba en dejarlo jugar escogiéndole aquellos juegos más higiénicos y adecuados a las características psicofísicas del niño. Por eso

precisa su ficha biológica, para marcar con arreglo a ella la clase de ejercicio que le conviene, no perdiendo nunca de vista su capacidad respiratoria. Esta es otra cuestión. La capacidad respiratoria. En su desarrollo estriba todo el efecto útil de la educación física. Todo ejercicio que no la amplíe es positivamente nocivo. No hay ejercicio que se pueda llamar higiénico si no es respiratorio. Se acabó aquella época de culto al músculo, en que la gimnasia no buscaba más que hacer un buen biceps, aunque la caja torácica restase estrecha como pecho de pájaro, ni en los pulmones entrase más aire que una cantidad mínima.

El ejercicio debe ir buscando la ampliación de función de los mismos. Es como cuando se abre un cauce para que lleve al campo un buen riego del

agua que fecunda. Por eso, en el famoso sistema, muy en boga hoy en las escuelas, los movimientos de brazos y piernas, no tienen otro objeto sino el de que sea más amplia el área respiratoria. Lo que sucede es que de la gimnasia rítmica se abusa con exceso, convirtiéndola en espectáculo con finalidad de reclamo en el escenario de algún teatro, y haciéndola pesada e inaguantable para los chicos. Superiores a ella son los juegos.

Aquella no es educación física, es una farsa. Ni todos los chicos deben realizar los mismos movimientos, ni en todos es igual la resistencia, ni puede ser útil si se realiza en lugar cerrado donde para la amplitud de respiración se le da un aire viciado. Eso, en la sierra, en el campo, siempre a pleno aire.

Y, desgraciadamente, en España «jugamos» mucho a la educación física. Por eso nos complace tener la esperanza de que van a ir las cosas por otro camino, que, lo repetimos, no es más que el del criterio biológico.

EL DOCTOR RASPA

Los niños

II

Ha penetrado en una iglesia un niño de siete años. Un niño de esos que tienen por casa la calle; bien por que no sea grata la que sus padres viven, bien por que han de estar en ella cuando la madre los arroja de su lado.

En la iglesia se celebra el Santo Sacrificio de la Misa. Y los fieles, que casi la llenan, permanecen, muchos por piedad, muchos por hipocresía, en silencio y recogimiento. El niño, contaminado por el ambiente que le rodea, y en la exaltación de su espíritu imitativo, permanece unos minutos aquietado, extático. La solemnidad del momento ha impresionado su alma. ¡Qué pensamientos cruzarán por su mente! ¡Qué ideas más confusas llenarán su imaginación! ¡Qué imágenes más contradictorias se dibujarán en su fantasía.

Han transcurrido unos momentos, y las causas que motivaron su quietud, resbalando quedamente, han desaparecido. De improviso vuelve a su mundo. Al mundo de su ilusión, que los demás no comprenden; al mundo de su alegría, de su juego; al que ocupa todo su ser. Mira en su rededor en todos sentidos. Busca un alma como la suya, busca a otro niño. Y lo encuentra. Y entonces su espíritu comunica con el otro; se entienden y se funden. La risa aparece en sus labios. ¡La risa de un niño! ¡La santa expresión de la bondad sin menzural!

Se acercan sus cuerpos, como antes se acercaron sus almas. Y adentrándose una en la otra, establecen armonía. Se miran, se ríen. La simpatía ha prendido en ellas, y olvidándose del lugar; ausentándose momentáneamente del espacio que les sobrecogió, gozan, gozan sus ilusiones sin preocupación de lo externo, sin concreción alguna de lo que les rodea. Viven el mundo de sus ilusiones. Se regodean en la amplia esfera de su espíritu.

Los hombres serios no comprendemos esa vida; no la quiere comprender nadie. Y esa vida merece respetos. Esa vida que no tiene preocupaciones ni prejuicios, porque no puede tenerlos, nos hemos empeñado todos en destruirla. ¡Gra-

ve error! ¡Quién sabe los odios y malquerencias que provoca nuestro proceder!

Entre los varios *hombres serios*, que, piadosos o farsantes, asisten, por devoción o consentimiento, al acto religioso, se destaca uno que aspira a restaurar un principio vulnerado: la quietud, el orden.

Y esgrimiendo un bastón, amenaza con él al niño que ríe. Con voz de flauta condena su risa, y con su amenaza y castigo expulsa del sagrado recinto al niño de siete años que vive su mundo. Sale del templo, tímidamente, volviendo la cara a su agresor. Su gesto de incompreensión y miedo, retrata los afectos de su alma.

¡No! No es ese el camino! Yo quise acercarme al *hombre serio* y decirle: — El plano de la vida de un niño no es el de V. Ese niño vive una vida distinta. En vez de pretender que él se acomode a la suya, ¿por qué no se acomoda V. a la de él? ¿Cree V. que va a prestar asentimiento a su conducta? Yo, en su caso, en vez de la amenaza indiscreta hubiera descendido hasta su sitio. El niño también lo tiene. Y con amor, con halago, adentrándome solícito, nivelando sentimientos, hubiera conseguido que el niño se alzara.

Pero, ¿cómo pretende V. que el niño se acerque, levantando una muralla de violencia entre los dos polos que señalan la vida del hombre y la vida del niño?

Francisco de P.^a Belbel

**Todos los originales
de AYER Y HOY es-
tán escritos con
magníficas plumas
WOLFRAN**

Mi opinión de "Norte Andaluz"

Don Francisco Jiménez Ruiz, nuestro buen amigo y excelente colaborador en la obra de glorificar la memoria del Capitán Arredondo, nos da para "Ayer y Hoy" las cuartillas que siguen dedicadas a un grupo de muy queridos y admirados escritores, amigos nuestros, pertenecientes a la Redacción benemérita de "Norte Andaluz".

Aunque el artículo del Sr. Jiménez—dicho sea sin embargo—esta muy «vivito y coleando», le ofrecemos acogida en estas columnas, atentos a la nobleza y a la lealtad de sentimientos del hombre bueno que lo ha concebido.

Me pregunta mi amigo Fernandito Martínez-Segura mi opinión sobre este periódico y los señores que componen su Redacción. Voy a darla de algunos de los que mejor conozco.

Partamos de que el periódico tiene todas mis simpatías, sintiendo muy de veras no sea diario y tenga mucha más vida. Pero en esta provincia nuestra hay una gran mayoría que se considera siempre satélite del que está encargado, por el Poder Central, de la dirección de la provincia, sin importarle si su luz es propia o refleja. Y como el "Norte" tiene opinión propia e independencia, ahí está, para nuestro sonrojo, la razón del vacío.

Como no todos somos perfectos, estos señores tampoco lo son, convirtiéndose de Quijotes en algo de Sanchos; no mucho, pero lo suficiente para poderlos criticar.

Me pregunta Fernando mi opinión sobre el Director del referido periódico, y voy a decírsela. Tiene dos defectos: uno físico y otro moral. El primero, consiste en la poca nariz, y el segundo en no ser de Jaén; claro que los dos son corregibles. Puede ser para esto y la

escasez de nariz, en manos de un doctor; y una vez quitado este defecto, lo casamos con una andaluza, y ya es nuestro. Esto es necesario, pues así será mas llevadera nuestra culpa. Tanto su actitud digna en la época en que actuó de Consejal como la de no aceptar el cargo de Diputado, puede tomarse como escuela de buenas costumbres. Sus artículos de fondo son de un estilo tan demócrata y sincero, que se hacen merecedores de todo elogio. Claro, que tiene sus grandes equivocaciones, como por ejemplo creer a Eseeme listo y buen dibujante.

De Luisito, me va a ser muy difícil dar mi opinión, por el gran afecto que le tengo. Escribiendo, me gusta más que ninguno, pero lo que me desagrade son sus saltos. ¿Ustedes no se han dado cuenta de ellos? Generalmente, es de fondo demócrata, pero en algunos artículos da el salto a la derecha, y les habla a ustedes del porvenir de España cuando actúen los nuevos hombres de la Unión Patriótica.

Ramoncito, escribe bien y sabe seguir en el periódico la orientación de su Director, pero, en cambio, la Administración la lleva medianamente. De esto pueden preguntarle a Higuera, que escribe todos los meses diciendo que le manden el periódico, y todavía no lo ha conseguido.

Alcalá es un Licenciado culto. Cuando escribía hablando de Don José Yanguas, gustaba mucho y demostraba ingenio, pero desde que vino el Gobernador, como son amigos, sus artículos no son los mismos. Recuerdo el último, en que se mostraba muy enfadado con "El Pueblo Católico" por si habla o no de la Marina.

El bueno de Cruz Rueda, será un buen Catedrático. Tiene mucha cultura, pero siente demasiada admiración por el autor de "La Hermana San Sulpicio". Puedes de-

jar un poco para el pobre Don Miguel, el desterrado...?

El verano, con el mucho calor que hace en nuestra pícara tierra, el "Norte" languidece. Recuerdo los malos ratos que pasó José María en Madrid; no encontrábamos un amigo que no le dijera cómo decaía el periódico.

Los esfuerzos de Ramoncito no bastaban. Hubo día que no pudo escribir. Luis daba el salto a la derecha; Venceslada marchó al Cerro de la Virgen con el Gobernador: unos dicen que a orar, y otros que iban de caza; y debió ser de caza, porque cazaron a Montoro.

Me pregunta mi amigo si no me gusta cómo escribe Eseeme, y le digo que nada. A pesar de que le pongan en la primera plana sus trabajos de "El Abanico de la Fortuna", este abanico ni hace aire ni tiene gracia. ¿No recordais uno de sus trabajos, en que decía que los recién casados se dormían en el tren y otras veces se les indigestaba el pavo trujado? Me indigné tanto cuando lo leí, que cogí la pluma y le contesté en un artículo que me salió de lo mejor que he escrito. Lo mandé a Luis, que era el único amigo que tenía en el "Norte". Aquel estaba de temple del repetido salto a la derecha, y me lo devolvió diciéndome que era propósito para "La Hija de Parra".

Al principio me indigné mucho, pero después se me pasó. Me han ayudado tanto en la propaganda para el monumento a Pablito Arredondo, que hoy les tengo un gran afecto.

JIMÉNEZ

Maestro Elemental

Antigüedades

Se compo... y objetos de... Calle del Ca...

Calle del Ca... n.º 11 - BARZA

¡Miedo!

(Novela corta)

—Cuéntalo, abuelito—dijo José Luis, dando un brinco y sentándose en las piernas del anciano.

—Recítalo otra vez—insistió también Pablo.

Nietos y abuelo formaban grupo alrededor de la lumbre de una cocina de aldea. Aposento amplio de paredes de piedra y pavimento de losas. Habitación solemne que vio desfilar bajo su techo generación tras generación. Salón que era al mismo tiempo comedor y dormitorio: tan sólo una lámpara de aceite lo iluminaba.

Eran las diez de una noche invernal.

El abuelito acarició con sus arrugadas manos las sonrosadas mejillas de José Luis; carraspeó y se puso a repelir su historia; doña Teresa se interpuso.

—Por Dios, padre—dijo, en reprensión cariñosa—no conteis a los chicos esas historias tristes. Luego sienten miedo de noche...

—¡Que cuente, que cuente!—terquearon Pablo y José Luis. El abuelito no se hizo rogar y comenzó su historia:

“Corría el año de 1670. Reinaba en las Españas el último monarca de la dinastía austriaca, el hijo de María Ana de Austria, y el país, pobre e ignorante, hallábase convertido en un continuo aquiloneo...”

Descansó el abuelito unos instantes. Pablo y José Luis le miraban fijamente.

“Carlos II—continuó el abuelo—débil, enfermizo, mostrábase muy de tarde en tarde en público. Cuando esto sucedía, se acompañaba de monjes que arrastraban pesados rosarios y rezaban sin descanso. Pálido, mas bien amarillo, los ojos mirando ignominiosas visiones, atrave-

saba el Rey las callejuelas precedido por los pregoneros. Entreabríanse entonces puertas y ventanas, y los españoles asomaban sus cabezas para presenciar el extraño cortejo. No resistían muchos segundos la contemplación de aquel espectáculo. Poseídos de pavor, cerrábanse en las casas. Los chicos corrían temblorosos al regazo de sus madres, y Carlos seguía su marcha dejando una estela de tragedia que se extendía por todo el Reino...”

El anciano seguía su historia. Los nietos vencían el sueño y escuchaban atentos, viviendo aquellos tiempos lejanos. Pablito, con los ojos muy abiertos; José Luis, con agitada respiración.

Terminose el cuento. Llovía torrencialmente, y el viento cantaba por las rendijas de las carcomidas ventanas y puertas. Doña Teresa acostó a los pequeños, no olvidando antes rezar con ellos. Fué luego a dormir.

—Tengo miedo—suspiró Pablito abrazándose a su hermano así que quedaron solos.

AGUAS FUERTES

Misa de domingo

en Alcázar de San Juan.

La campana de la iglesia pueblerina
Suená triste, quejumbrosa, lenta, grave...
En las bóvedas del templo, cantá el ave
De las Sombras su canción de llanto y ruina.

Una joven lugareña se reclina
Ante el ara de la Virgen, muy suave...
Las beatas cuchichean... Y la llave
De la puerta que abre un clérigo, rechina.

Frío y tedio. Vaguedades... El intonso
Carraspea nigromancias...
El cacique—Don Alonso—

Ríe ríe de las burdas ignorancias...
Los esclavos del mendrugo y del cohecho,
Lloriquean y se dan golpes de pecho...

...¡Y no hay un mozo bravío
—Biznieta de Don Quijote—
Que le escupa un desafío
Al Don Alonso sin mote!

FERNANDO MARTÍNEZ-SEGURA Y CHECA.

—Yo también—respondió José Luis. de matrimonio. Vió a su esposo feliz acariciando siempre la idea de tener un heredero que Dios empenñabase en negarle. Sucedíanse los años sin el anuncio del nuevo ser.

Golpeaba la lluvia los cristales. Sentíanse oídos hermanos enfermos. Venían a sus mentes recuerdos lugubres.

Sufían mucho, torturados por el miedo. No ignoraban que los espíritus malignos que viven en las cisternas, y los duendes, que se alojan en los huecos troncos gigantes, abandonan sus antros al sonar las doce, y al volar quejumbrosas las campanas de la media noche erizábanseles los cabellos a los hermanitos. Abrazábanse profundamente, con ansias; querían huir lejos; gritaban aterrados.

El aire se poblaba de fantasmas; el vendaval gemía haciendo parpadear la luz del velón. Pablito y José Luis cerraban los ojos fuertemente como para no perder la razón ante aquella oscuridad tenebrosa.

—Tengo miedo—insistió, llorando, Pablito.

—Si, vamos a mamá—confirmó José Luis.

Ambos, bajáronse del lecho y acercáronse a la puerta. Una ráfaga de aire apagó la mortecina luz del velón. Los muchachos quedáronse suspensos, anonadados. Sus cabecitas febriles hacíanles presumir cuerpos invisibles; percibían aullidos de canes, ayes de desmayo.

Una lechuza, buscando el aceite de candil, tropezó en el cristal de la ventana y siseó iracunda. Los pequeños, sin fuerzas para resistir, cayéronse al suelo y, arrastrándose, buscaban salir de allí.

—¡Mamá, mamá!—Y sus voces, entrecortadas por la emoción, apenas si se escuchaban más allá de sus pechos...

..

Doña Teresa despertó sobresaltada. Diríase que, repentinamente, se sentía enferma. Había estado soñando. En unas horas desfilaron ante ella aquellos sus primeros años

Un día la guerra asoló la comarca. La hacienda del marido fué devastada, y a él lleváronlo prisionero.

¡Fatal coincidencia! Con el alejamiento de su esposo, mezclándose con el dolor moral de ver partir al ser amado, Teresa sintió el dolor sublime de que iba a ser madre. Su esposo no habría de saberlo nunca. Doña Teresa no recibió jamás noticias. Lloró por muerto...

..

Mas ella estaba segura de que algo había oído. Prestó atención. No se había equivocado. Allá abajo alguien golpeaba el portón. Acercóse a la ventana:

—¿Quién va?—preguntó.

—Soy yo, tu esposo...

Teresa lanzó un grito y dejase caer en el sillón, junto a la ventana.

¡Vivía, vivía! Dios quería darle el consuelo de besar a sus dos hijos. Lloró, lloró de felicidad y Teresa, ensimismada, se hubiese abandonado a sus dulces meditaciones si la voz de la calle no continuase gritando:

—¡Teresaa! ¡Teresaa!

—Voy, sí, voy, esposo mío—respondió Teresa corriendo al portón.

La lluvia y el aire habían cesado.

..

¡Oh!, Teresa no daba crédito a lo que contemplaban sus ojos. Era él, era él, su amado esposo. Abrazados, permanecieron largo tiempo; guardaron silencio como si mudos se hubiesen quedado. ¡Tanto tenían que decirse!

—Mis hijos, mis hijos; quiero verlos—prorrumpió el marido.

La esposa condújolo al cuarto de los pequeños.—Son un encanto —le decía...

Abrieron la puerta. Teresa llamó: —¡Pablito! ¡José Luis! ¡Hijos míos...! ¡Estarán dormiditos!—y avanzó. Seguía el esposo. De pronto ella retrocedió sobresaltada. Al avanzar había tropezado, y un escalofrío recorrió su cuerpo —¡Luz, luz!—pidió...

En el suelo yacían los dos hermanitos gemelos. Estrechamente unidos, hundiéndose las uñas en las carnes, escondidas las cabecitas. Los ojos desencajados, las bocas entreabiertas...

THE DY.

Filosofía de baratillo

La Verdad

Hija del soberano de los dioses y madre de la Virtud y de la Justicia, la Verdad, avergonzada de verse desnuda y con una antorcha en la mano diestra, fué a ocultar su hermosura en un pozo, de donde la sacó la Filosofía; mas viéndose en el mundo perseguida, voló a los cielos, donde aún mora. Pintola Apeles en el cuadro de la Calumnia, joven, bella, desnuda y modesta, retirada de todos...

La Mentira

La Mentira es la cosa más parecida y, al mismo tiempo, la más opuesta a la Verdad; los ignorantes las confunden; la sabiduría consiste en distinguirlas. De los malos es la Mentira instrumento; de los buenos, suplicio. La Verdad andaba desnuda en la tierra; La Mentira se viste y adorna con ropas tachonadas de máscaras y lenguas; en vez de antorcha, lleva en la siniestra mano un haz de paja ardiendo, fuego tan efímero como lo son sus intenciones; y nunca enseña mas que una pierna, porque la otra la tiene de palo y cojea...

El Filósofo de la Barbacana.

El triunfo de una iniciativa de "Ayer y Hoy"

Actos en honor del Capitán Arredondo

La iniciativa del poeta Martínez-Segura y Checa—nuestro querido Director—cariñosamente impulsada por él en estas columnas, para perpetuar la memoria de un héroe, tiene ya cimientos de triunfo con la primera piedra de un monumento que el arte soberano de Jacinto Higuera ofrece a las generaciones presentes y futuras.

¡Un héroe...! Un artista y un poeta... auxiliados por muy distinguidos representantes de todas las significaciones de España, han hecho el milagro. Por ellos, hijos de Baeza, vais a tener un nuevo prestigio de que blasonar, un nuevo orgullo con que presumir. Por ellos, baezanos, el poético rincón del Arca del Agua os brindará diariamente la virtud de un ejemplo. Un héroe, un artista, un poeta...

Los que en AYER Y HOY—el semanario modestísimo—hacemos desinteresada ofrenda de nuestros limpios ideales, de nuestro pobre dinero y de nuestro piadoso ha ago, sin que nos arredren amenazas, ingratitudes y envidias—roña de corazones diminutos y de inteligencias minúsculas—sentimos hoy, acaso más que nunca, la satisfacción de nuestra obra que, muy alto lo decimos, libre de toda impureza y con lo altivez que cura a caballeros que no se doblan frente a todas las mezquindades y por sobre todos los obstáculos, bajo la luz del cielo, sigue camino adelante...

Tarde plomiza, como triste po el recuerdo que flota en la Ciudad, es esta en que se conmemora el primer aniversario de la gloriosa muerte en campos africanos, de aquel paisano querido, de aquel noble caballero y bravo capitán que, al frente de sus legionarios, supo escribir una página imborrable en la Historia de nuestra patria, haciendo resucitar la gesta heroica de esta vieja Ciudad, al ofrendar con su vida la más dulce caricia a su bandera.

¡Pablo Arredondo de Acuña! No podrás más alentarnos con tus frases de noble optimismo; no podrás tampoco en las tierras de batalla hacer vibrar con tu ejemplo valeroso las fibras de los soldados que, ciegos en tu triunfo seguro, te seguían; nada de esto podrás hacer, tristemente cierto; pero podrás con tu marcial retrato, en duro bronce fundido, colocarlo como fiel centinela en ese hermoso paseo del Ar-

ca del Agua, al que tantas veces en vida llegarás para olvidar bajo el beso de su céfiro cálido, embalsamado de ricos perfumes de sus flores, las mil desazones o inquietudes de tu existencia modelo de militar; podrás desde ese pedestal mostrarnos la senda gloriosa que, paso a paso, recorriste; senda que llevaste hasta su fin, y en la que no hay un palmo que no hayas dejado regado con tu sangre generosa. Y Baeza, orgullosa, ha de rendir a los pies de tu mármol inerte, noble amigo para siempre ido, la ofrenda de su reconocimiento a tu vida ejemplar, ya que su cariño tan grabado está en el corazón de todo baezano que antes se acabará nuestra existencia que el afecto en que supiste, hacia tí, encender nuestras almas.

Y fué como tenía que ser: que en este día, de tarde plomiza y triste, a los acordes de nuestra *Bandita del Liceo*, congregaste en ese hermoso paseo en que eternamente

vivirás, a lo mejor de tus paisanos que, juntamente con comisiones distinguidas de cuanto te fué querido y representaciones de todo lo más valioso de nuestra provincia, te hicieron la ofrenda del paraje en que tu efígie reinará; donde todos, con cariño en el alma y lágrimas en los ojos, vieron la colocación y bendición de la primera piedra del monumento que millares de corazones, en lo que estás, te dedican como póstumo homenaje altamente merecido.

Sonaron marciales notas de nuestra marcha nacional; llegaron los iniciadores, elementos oficiales, comisiones, representaciones de los que no pudieron asistir, y también el Ilustrísimo Sr. Obispo de esta Diócesis, el que, revestido como correspondía a rango, procedió a la bendición de la primera piedra. Acto seguido, tomó la palabra nuestro culto alcalde Sr. Garrido Robles, el que, con frases conmovedoras, ofreció el monumento que se ha de hacer, al pueblo que al héroe vió nacer, y dió las gracias a todos cuantos, con su presencia o su ayuda, habían cooperado a la realidad de este homenaje que tanto enaltece a nuestra Ciudad hidalga y legendaria.

Habló después el capitán D. Francisco Jiménez Ruiz, secretario del Comité Central, y en nombre de esta representación que ostenta, puso de manifiesto las muchas y reales grandezas de nuestra provincia, haciendo parangón de dos hombres, comprovincianos ilustres, positivos valores de nuestra patria: el uno, es el enaltecido Arredondo de Acuña, ejemplo de patriotas y militares, que dió cuanto el hombre puede dar por su bandera, la vida; y el otro, el Sr. Flores de Le-

mus, el gran hacendista que es gloria y prezo de nuestra nación en el campo internacional de la Ciencia, como sabio y profundo economista.

Seguidamente nuestro ilustre amigo el señor Don Ricardo Bajo, exquisito poeta y sabio hombre de ciencia, en nombre de la familia, mostró cuán agradecidos quedaban a este pueblo baezano—su cuna—tan noble, tan limpio, tan hidalgo, que con su Historia gloriosa y su espíritu excelso, supo hacer el héroe, porque para que Pablito llegara a ser quien fué, no pudo ser de otra manera que habiendo nacido en nuestro viejo solar, rincón andaluz que une a su historia de gestas heroicas y hombres preclaros, la franca alegría de nuestra raza. Baeza tuvo en su seno al glorioso Arredondo, fué modelando su carácter, lo hizo; y he aquí que, cuando de su hijo insigne no puede recoger sino su gloria y su memoria, lo hace en un sitio apartado, entre bellos jardines, ante la fronda de los árboles bajo los cuales muchas veces en vida tomó descanso el que se honra, y frente al susurro grato de las aguas que murmuran en la fuente cantarina; esas aguas que al romperse en perlas impolutas, saludaron al baezano que perdió su vida

en las africanas tierras, y que de hoy en adelante, no más harán, frente a la estatua de Arredondo, que seguir su canto callado, no de alegría como saludo, sino como oración muy queda, como música grata, que el bronce la recoja. Con bellas imágenes, con párrafos de gran oratoria, nos hizo el Sr. Bajo sentir cuánto ha de poder la efígie del muerto glorioso, en el alma de todo baezano; que allí, el hombre encontrará ejemplo para su vida; que allí la dama hallará el retrato del hombre que en sueños pensara que llegara; que allí, el niño querrá aprender quién fué y cómo se llega a ser lo que fué Arredondo, para él llegar;

y que allí, también, la madre que vio amorosa al hijo y puso sus esperanzas y su alegría en verlo lleno de felicidad y vida, podrá alegrarse—dentro de su honda pena—de que su hijo, su glorioso hijo, supo buscar más feliz vida que la que ella le dió. Tanto y tan bien expresado dijo todo el Sr. Bajo, que no hubo corazón que no latiera dolorido, ni ojos que de lágrimas no se llenaran, al tocar, con sumo acierto, como lo hizo, las más sensibles fibras de nuestro corazón: que habló a todos como hijos, y nadie puede en tal momento olvidarse de su madre; y madre tenía Arredondo de Acuña, mujer sublime que vive, y a cuyo dolor nos hizo acercarnos a todos.

Dió fin el acto, en tan hermoso sitio, con una elocuente plática del ilustrísimo Sr. Obispo, el que, al mostrarnos como ejemplo la vida del capitán Arredondo, nos hizo comprender que tal como aquél había escalado el último pináculo de la gloria, había de ser su actuación modelo para todos, que así será como defenderemos los más santos ideales y será así como nuestro suelo se nos mostrará agradecido, porque habremos conseguido páginas de honor para nuestra España.

Hubimos, después, de marchar al Ayuntamiento, en donde gratamente atendidos por nuestro alcalde, se procedió a firmar el acta del acto; y verdaderamente sentimos la poca fidelidad de nuestra memoria para retener y publicar los nombres de los asistentes, cariñosos amigos todos y de grandes méritos, a los que quedamos agradecidos por sus atenciones.

Y a ti, glorioso Jacinto Higuera, que con tu arte has de hacer vivir

para siempre, en mármol y bronce, la excelsa memoria de Arredondo, vaya este final saludo de nuestra hermandad espiritual y siempre leal amistad, y nuestro voto de gracia por cuanto de hermoso y sublime hay en la obra de tu genio; olvidado siempre de cuanto sea interés material, ya que tan altruístamente has estado siempre a satisfacer tus anhelos de arte—que en este caso han sido anhelos de todos—y de cuyo desinterés, grata prueba todos recibimos. Sólo esperamos ver terminada y colocada tu obra, para que, en justicia, el pueblo entero aclame la alteza de tu genio, justamente colocado en la vanguardia del arte español contemporáneo.

Nos queda que consignar, y con gusto lo hacemos, una nota simpática de nuestro Delegado Gubernativo el Teniente Coronel D. Joaquín Mañas, el cual, complacido del desinterés y de la caballerosidad del escultor Higuera, tuvo la feliz idea de que, a más de la suscripción popular, en aquel momento se aportara lo suficiente para un déjimo de lotería del sorteo de Navidad y quedara en el Comité organizador, por si la loca Fortuna fuera en esta ocasión enamorada de favorecer esta idea en que van hermanados el reconocimiento de la más alta virtud cívica—el sacrificio de la vida a la Patria por un hombre glorioso—y el arte en una de sus más bellas concepciones—estatua de gran valor en todos sentidos, y prometida y hecha sin miramientos bastardos.

Bien, Sr. Mañas; y por estar muy bien tuvo en un momento la alegría de ver superada su idea hecha ya realidad.

BAEZA.—IMP. DE M. ALHAMBRA

MODAS GLORIA PIEDRAFITA

Confeciones FANTASÍA y SASTRE para señoras y niños
Calle del Carmen, 15—BAEZA

El "Studebaker" 1925

Es el automóvil ideal para España 

Ideal, porque su precio de compra es económico y el coste de su conservación mínimo en absoluto.

Ideal, porque su construcción es fuerte; capaz de resistir el severo servicio a que se someten los automóviles en nuestras carreteras.

Ideal, porque su mecanismo es perfecto. Seis cilindros de operación silenciosa y uniforme, emitiendo fuerza motriz flexible y en cantidad abundante.

Representante general para esta provincia,

Joaquín Rubín de Ceballos y de Gómez

Teléfono, número 4

BAEZA (Jaén)

Use usted 

WIGTY

Las mejores tintas para escribir